

El transgénero: un hipertexto

Xabier Lizarraga Cruchaga*

RESUMEN: *En el presente ensayo se aborda la noción de transgénero, analizando y discutiendo sus aspectos positivos en relación a resistencias y proyecciones sexo-políticas, en términos de estrategia que permite la vinculación de estilos de ser y de vivir frente a un marco dicotómico (hombre-mujer) y un contexto heterocentrista y masculinista impositivo. Al mismo tiempo que se plantean los aspectos negativos, en la medida en que tal noción genera una indefinición de la diversidad, colaborando con el borrado de las diferencias, sin permitir las singularidades de fenómenos y expresiones tales como transexualidad, transvestismo y drag.*

ABSTRACT: *In this essay, transgender notion is exposed by analyzing and discussing its positive aspects related to sexual-political's resistance and projection, in terms of a strategy which may allow the linking between ways of being and living in a dichotomical frame (man/woman) and a masculine heterocentric context. At the same time, the negative aspects are posed in terms of the fact that such notion generates indefinición of diversity, collaborating with the erasing of the differences, without allowing the singularities of phenomena and expressions such as transexuality, transvestism and drag.*

Lo sexual reposa sobre el goce (es el leitmotiv de la liberación), lo transexual reposa sobre el artificio, sea éste el de cambiar de sex o el juego de los signos indumentarios, gestuales, característicos de los travestis. En todos los casos, operación quirúrgica o semiúrgica, signo u órgano, se trata de prótesis y, cuando como ahora el destino del cuerpo es volverse prótesis, resulta lógico que el modelo de la sexualidad sea la transexualidad y que ésta se convierta por doquier en el lugar de la seducción.

JEAN BAUDRILLARD,

El *Homo sapiens* es, para el pensamiento religioso (por lo menos el de corte judeocristiano), una creación de Dios; para el pensamiento científico (de hoy y en la perspectiva occidental), una emergencia evolutiva. Para el científico somos un animal, un primate singular; para la fe y para el dogma religioso, una hechura sin-

* DAF-INAH.

gular en la medida en que nos consideramos hechos a imagen y semejanza de un Creador ilimitado e ilimitable. Por efecto de una y otra mirada, estamos condenados a una imagen y a semejarnos a algo. Mediados y fuertemente marcados por ambos pensamientos (extremos y opuestos, pero inevitablemente traslapados y retroactantes), nos pensamos como un producto (de la reproducción y de la cultura) y como una creación (del contexto en que vivimos y del libre albedrío, de nuestra autonomía).

La idea de la imagen de Dios y el reconocimiento de la forma adquirida en la naturaleza nos imprimen un sentido y, en la medida en que ambas perspectivas se aferran y prevalecen como intuición y sentimiento tanto en el discurso de la ciencia como en el de la religión, también se encuentran arraigadas en el pensamiento cotidiano y afectivo. La nuestra es una cultura de las formas asumidas y proyectadas como imágenes (sean éstas visuales, acústicas, táctiles, olfativas o gustativas); una cultura de imágenes comprimibles en signos y significantes que permiten algunas representaciones y cierto número de discursos que articulan significaciones y símbolos.

Las formas y las imágenes nos obsesionan e incluso nos subordinan, manipulan y modelan. Hablamos de nosotros mismos aludiendo a dimorfismos y polimorfismos y nos preocupa estar en forma y dar una buena imagen. Nos reconocemos mutuamente por los contornos, las líneas, los gestos, los tonos y los tamaños, los sonidos, los olores, las texturas y los sabores, las luces y las sombras, los reflejos y las reflexiones que facilitan el representarnos.

Paradójicos de tiempo completo como somos, los animales humanos nos dedicamos a encontrar (e incluso nos fabricamos) imágenes de nosotros mismos que discriminan aquellos rasgos que nos asemejan a algo y aquellos otros detalles que nos distinguen, que nos particularizan como imagen singular: nos esforzamos por hacernos agradables ante nosotros mismos por medio de recrear y encarnar imágenes tipo, ideales. . . de mil maneras, canonizadas.¹ Modelamos nuestra materia sin imagen, sólo poseedora de contornos: el soma, para crearnos, con imágenes, significaciones, profundidades y resonancias, una presencia personal —a un tiempo social e íntima— que pretendemos sea exclusiva y, en consecuencia, logre ser seductora y expresiva: nos producimos un cuerpo.

A diferencia de otras especies, no nos conformamos con estar, pretendemos ser, es decir, poseernos a nosotros mismos y proyectarnos en. . . y hacia. . . , de ahí la importancia del lenguaje, que nos permite imaginarnos y provocar una dialógica de ese ser (y estar siendo) que, más que vital, nos es vivencialmente imprescindible.

¹ "Canonizar [. . .] Divinizar o considerar a uno en estado de excelencia sobrehumana [. . .] Calificar de buena o aprobar a una persona o cosa [. . .]". [Alonso, 1991:901]

"Canon [. . .] Regla de las proporciones de la figura humana, conforme al tipo ideal [. . .]". [*Ibid.*:900]

No nos bastan los sonidos, requerimos de las palabras que consiguen reunir sonidos, imágenes e ideas que nos permiten, en una dialógica, pensarnos. Porque nos delineamos y significamos, nos pensamos, y porque nos pensamos, nos significamos y delineamos.

Para conseguir todo ello, entre otras cosas recopilamos evidencias (medibles) que mezclamos con una buena cantidad de ilusiones (siempre desmedidas). Conjugamos pretensiones de objetividad con fantasía emocional (subjetividad), elaborando numerosos y muy distintos textos en torno y relativos a nosotros mismos, textos enunciativos, argumentativos y explicativos, textos explosivos en mayor o menor medida, pero cuya fuerza expansiva nos impacta en conjunto y por separado. . . . textos tales como la *Biblia*, de autores múltiples, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, de Charles Darwin, *Conducta sexual del hombre*, de Kinsey y sus cómplices Pomeroy y Martin, *La aparición del hombre*, de Josef Reichholf, *Biología de las pasiones*, de Jean-Didier Vincent, *Cerebro de hombre, cerebro de mujer*, de Hugo Liaño, y otros, numerosos etcéteras en los que se deslizan hasta nuestros ánimos, desde sugerencias para maquillar el rostro o desarrollar musculatura hasta reflexiones sobre política sexual e influencia de los astros en nuestro devenir cotidiano.

Nuestra especie es una especie epicentrada en la imagen y, en tanto que inquieta e inconforme, deviene más camaleónica que los camaleones (lúdica, evasiva, simuladora, versátil y tráfuga). Pero también es temerosa y necesitada de un orden tranquilizador y, en consecuencia, capaz de hacer de sí misma un monolito (estereotipante y estereotipable, solemne, rígida, perseverante e incluso tautológica y terca). El *Homo sapiens* es un animal obsesionado y animado por los reflejos que de sí mismo descubre en las aguas y los cristales, por lo que construye espejos, pero a diferencia del mítico Narciso, no termina por gustarse del todo y tiende a inventarse, a renovarse, a retocar constantemente un gesto, difuminar una marca, acentuar un contorno, prolongar o reducir una curva o una línea. . . . textualizándose para texturizar un soy.

DE LOS TEXTOS

Si hay algo que nos distingue cualitativamente de las demás especies animales es el texto; y dado que (como cualquier animal) el primate humano es siempre e inevitablemente autorreferente, en nuestros textos —por más que lo disfracemos— siempre somos los protagonistas...la razón misma de la anécdota y el atractor de las significaciones.

Nos diferenciamos (y contrastamos) del resto de los animales (incluso de los filogenéticamente más cercanos a nosotros, los otros primates) por la capacidad mental y social de generar un lenguaje que nos permite, por un lado, explicarnos todo

cuanto nos rodea (para administrarlo y utilizarlo) y, por otro, narrarnos a nosotros mismos (para sojuzgarnos y liberarnos). . . de ahí las muy diversas disciplinas académicas y corrientes de pensamiento con las que pretendemos autoexplicarnos y adiestramos para acceder a una hegemonía planetaria que convierte a cuanto nos rodea en extensión de nosotros mismos, en recurso. Parece que a la inmensa mayoría de las formas vivas (desde las bacterias hasta las plantas y los animales) les es suficiente con un entorno ecológico fundamentalmente fisicobiótico, mientras que al primate *sapiens* no le basta con eso: requiere de una ecología humanizada, de un entorno no sólo socializado sino también sapientizado.

El animal humano necesita de sí y para sí de un contexto porque los textos son parte de su atmósfera vital: los primates humanos somos animales que nos textualizamos. Y en esa textualización nos extendemos y desbordamos, rebasamos los límites de un soma y de un aquí y un ahora para acceder a un cuerpo historizado con un presente prolongado. Porque somos una especie particularmente elástica, potenciamos nuestra flexibilidad y plasticidad por medio de la interacción, enunciación, comunicación y proposición lingüísticas. No es de extrañar, entonces, que vía los artificios que nos permite el uso de un lenguaje, nos volvamos extensiones de nosotros mismos.

El *Homo sapiens* no sólo “es soluble en la Naturaleza” —como apuntara en su momento Jean Rostand [1973:60]—, también es soluble en su lenguaje. En todas las edades, espacios y periodos históricos, el animal humano se esculpe a sí mismo y se revoluciona a través de sus construcciones mentales (tarde que temprano, siempre lingüísticas). El primate *sapiens* se construye y deconstruye, se piensa, se recuerda y se olvida, se modela y renueva vía las semánticas de su hablar y, en la medida en que se reviste de palabras, es capaz de inventarse a sí mismo tanto para sí (en la vivencia individual) como para los otros (en la convivencia y en la competencia. . . incluso, como se verá más adelante, en la coincidencia). Como apunta Michel Foucault [1982:83]: “sobre las palabras ha recaído la tarea y el poder de ‘representar el pensamiento’”.

Sin textos, el primate no se humaniza...y el primate que somos, sin lenguaje y sin textos, sólo habría conseguido deslizarse por el camino de la hominización (fenómeno puramente biológico, evolutivo pero no histórico), instalándose para siempre en una primaticidad sin futuro, sólo sobreviviente. . . o se habría fácilmente extinguido dada su fragilidad.

Ahora bien, la elaboración de textos responde a dos fuerzas (o tendencias) del comportamiento que permitieron la hominización humanizante: el hedonismo y la desmesura. Como cualquier otro ser vivo, el animal humano es hedonista (busca el bienestar), pero a diferencia de muchos otros, siempre aspiramos a un más desmesurado. . . constantemente franqueamos límites y nos desbordamos. Tendemos a la

expansión y a la experiencia extrema, a la aventura riesgosa, provocando fracturas, y a idear nuevos órdenes mediante el artificio y la simulación. Resultado: generamos y somos producto de textos sin límite, de textos susceptibles de muy diversas lecturas: hipertextos.

DE LA SEXUALIDAD

En el ámbito de la sexualidad, como en torno a los demás imperativos del comportamiento (léase agresividad, territorialidad e inquisitividad), nuestros textos son múltiples y pluridimensionales, caleidoscópicos. De ahí que los sexos, los sexo-géneros, las identidades sexuales y los erotismos no sean programados biológicamente ni programables socialmente, sino virtualizados por los afectos y la cultura, por las significaciones. Los sexos, los sexo-géneros y toda la astronomía y astrología de la sexualidad, responden a estrategias más que a programas, a posibilidades y probabilidades más que a destinos; son hilos virtuales de una compleja urdimbre bioecológica (necesariamente del comportamiento) que envuelve, a modo de crisálida, las cotidianidades de los individuos y los devenires históricos de los grupos sociales.

Los sexos, los sexo-géneros, las experiencias eróticas, las ilusiones y las necesidades sexo-fisiológicas, las obsesiones hedónicas focalizadas en lo sexual, los traumas y las expectativas psicosexuales, las regulaciones morales y legales que sobrevuelan nuestros genitales, los roles sexo-sociales, etcétera, configuran una trama (en más de un sentido del término)² de la que emergen imágenes y sombras que, vía genotipos y fenotipos texturizados y contextualizados, permeados por las emociones, se materializan (y encarnan) en sensaciones, percepciones, reproducciones, erotismos, afectos, actitudes, deseos, preferencias, dolencias, improntas, disfunciones y disonancias, creencias, nociones, rituales, normas, aptitudes, vínculos y distanciamientos que semantizamos y contrastamos para construir explicaciones (verosímiles —científicas— o no). Semantizarnos y explicarnos es una obsesión (y una necesidad) específicamente humana que, en ningún caso, pasa por alto (olvida o desatiende) a la sexualidad.

Razón por la cual, desde la perspectiva de una antropología del comportamiento, paso brevemente a delinear (crear una imagen semántica de) los conceptos de sexo y sexo-género antes de penetrar de lleno en el tema del transgénero como hipertexto. Y hablo de sexo-géneros y no de géneros, como suele hacerse muchas

² "Trama [...] Conjunto de hilos que, cruzados y enlazados con los de la urdimbre, forman una tela [...] Artificio, dolo, confabulación con que se perjudica a uno [...] Disposición interna, contextura, ligazón entre las partes de un asunto u otra cosa, y en especial el enredo de una obra dramática o novelesca. . ." [*Ibid.*:4007].

veces por facilidad y tacañería lingüística, porque la noción de género (sea la que fuere) únicamente remite a una taxonomía, a una pura y llana adscripción, a colocar algo (incluso a nosotros mismos) en un lugar jerarquizado y abstracto que sólo adquiere sentido en el discurso. El sexo-género, también taxonómico, tiene por lo menos la pretensión de aterrizar en un espacio más preciso, enuncia en torno o con relación a qué adscribir: el sexo. Como metaconcepto, enuncia una articulación no sólo con la taxonomía sino también con una biología comprometida, por un lado, con la reproducción y por otro, con una diversidad de sensaciones.

El sexo es biología; luego, no es forma sino formación y formato (materia de una constante morfogénesis y de una autopoyesis). El sexo carece de una imagen porque ésta tiene que ser construida para ser figurada, representada y aparentada, en una palabra: creada.

El sexo es todo ese rompecabezas disperso de moléculas, células, sustancias, descargas eléctricas, tejidos, órganos y tubos, palancas, cuñas, articulaciones, periferias, movimientos y profundidades que comprende y contiene la capacidad de reproducción de la especie y deviene en el nivel del —*Homo sapiens*— en una amplia superficie (una atmósfera) abierta a las palabras, a las inscripciones, a las semánticas escurridizas, a los imaginarios sociales y a la política; abierta a la teoría y a la práctica. Pero no es un rompecabezas monolingüe ni estático; aunque universal (en el sentido de general y específico), es plural y dinámico.

El sexo es una estructura compleja, estable pero lejos del equilibrio; en tanto que sistema abierto y susceptible de ser narrado, es un sistema caótico del que emerge un orden y en el que se producen bifurcaciones. El sexo es un sistema circunscrito, en primera instancia, a un devenir evolutivo y a eventualidades ontogenéticas (a una morfogénesis plural), y en última instancia, a los espacios que llega a ocupar una biología en ese devenir múltiple.

Los sexo-géneros, por su parte, son narraciones cuyos protagonistas y antagonistas sólo aparentemente son los sexos. Constituyen narraciones afines pero tangenciales a los sexos, circunscritas a la diversidad de devenires históricos y ontogenéticos textualizados. Semantizan plural e incluso virtualmente a lo orgánico (pero no sólo a lo directamente sexual), generando rutas y direcciones, produciendo sentido, provocando anecdóticos y odiseas que cada individuo hace fluir por los espacios y tiempos construidos, ocupados y vividos en el interior de los grupos. . . tanto en los espacios íntimos y privados como en el espacio público, en los momentos de la emoción y en los tiempos sociales.

Entre los sexos y los sexo-géneros, sin embargo, fluyen fisiologías, dinámicas y lógicas (tanto físicas como psicológicas, sociales y culturales), emociones e imágenes, aspiraciones y necesidades que derivan en laberínticas expresividades sin dirección prefijada ni destino manifiesto, sólo coherentes en el ahora de los aquí de un

“yo” frente a todo cuanto le rodea; de un yo-mismo referido a la existencia de otros yos-tú-mismo que la mayoría de las veces convertimos, autorreferentemente, en los otros. Los sexos y los sexo-géneros, por ende, abstraídos de un contexto, carecen de sentido y de vigencia, incluso de coherencia. . . si no es que se quedan en un nivel de enunciado, de noción teórica y pretendidamente pura, inmaculada, nítida (más que transparente, porque toda transparencia implica distancias, veladuras y filtraciones).

Ahora bien, cuando al responder a una pregunta o al llenar un formulario escribimos (o esperamos que otros escriban) en el rubro sexo la palabra masculino o femenino, en vez de macho o hembra, corrompemos un texto taxonómico y lo sustituimos por otro en el que se confunde la narración con la forma, la anatomía con la imagen social preconcebida, la biología con las semánticas. . . un texto casi fársico en el que confundimos la vida con la vivencia, el soy con el ustedes esperan que sea y el debo ser.

Los sexos constituyen materia y procesos, son genos y fenotipias en devenires anatómico-fisiológicos independientes del control riguroso de las abstracciones mentales y de las regulaciones sociales. Los sexo-géneros, en cambio, son ideas y fenómenos, nociones e imágenes mentales que se materializan (configuran) en devenires psicoafectivos, sociales y culturales no necesaria ni rígidamente encarnables (de ahí el absurdo de afirmaciones como soy cien por ciento masculino o cien por ciento femenina que hoy en día es tan frecuente encontrar en algunas publicaciones). Los sexos son una producción bioquímica. Los sexo-géneros son socialmente emergentes de. . . pero autónomos y en gran medida periféricos tanto al control de la biología como de los discursos sociales. Mientras que los sexos constituyen una probabilidad biomorfogenésica, los sexo-géneros son una posibilidad morfogenésica de textos.

Los sexos son tantos y tan variados como puntos posibles puede haber en un virtual *continuum* de cualidades, rasgos, caracteres y procesos biológicos que hacen del primate humano un organismo reproducible por su bisexualidad morfofisiológica específica, en la medida en que somos animales que requerimos del encuentro de dos biología distintas (macho y hembra, esperma y óvulo) para dar inicio a la morfogénesis de una tercera biología. . . que esperamos sea semejante (formal y funcionalmente) a alguna de las dos biología progenitoras.

Los sexo-géneros, por su parte, son construcciones históricas, sociales, culturales y necesariamente psicoafectivas sin correspondencia unívoca con el sustrato biológico, aunque no ajenas a él. Por consiguiente, el peso de las emociones, de las lógicas y de las dinámicas sociales con frecuencia silencia y maquilla, e incluso invisibiliza, a los sexos por los que sobrevuela. Hay —o pueden llegar a haber— tantos sexo-géneros como sean necesarios para autorregularse y sobrevivir (para perpetuar-

se) los diversos grupos. . . En nuestra cultura de obsesiones binarias y viciosamente maniqueas, sólo existen dos (oficializados).

Podemos, por ende, pensar los sexos y los sexo-géneros como dos dimensiones autónomas que se contienen y se reflejan mutuamente, como dos tipos de dinámicas y dos lógicas plurales y fluyentes o, si se prefiere, como dos realidades o dramaturgias distintas que dialogan, se sustentan, apuntalan, se influyen, permean y contradicen, se retroalimentan en la dinámica social, se alían y oponen dialógicamente dado que, permaneciendo distantes:

- a) los sexos se aproximan a los sexo-géneros vía las sensaciones y las fisiologías cuando éstas son tocadas por las texturas sociales (culturales) y,
- b) los sexo-géneros se aproximan a los sexos, por medio de los sentimientos y las expectativas, cuando todo ello resuena en las concavidades y convexidades de las biologías.

En unos y otros, las percepciones juegan un papel impulsor, activador, motriz, pero tales percepciones, permeadas por las sensaciones —como sugiere Nicholas Humphrey [1995]—, devienen sentimientos y significaciones (incluso mentalidades) distintos por caminos diferentes que conducen a momentos y estadios vitales y vivenciales igualmente diferentes. . . aunque puedan (y necesariamente en muchos momentos tengan que) coincidir e incluso se traslapen.

Por un lado, los sexos son (permitaseme la metáfora) puertos de llegada de información tanto endógena como exógena y son responsables de percepciones y sensaciones laberínticas; por otro lado, los laberintos que emergen y atraviesan los sexo-géneros constituyen el resultado de interpretaciones y emociones dirigidas que configuran una textualidad del organismo sexuado. Todo ello, mediado, cribado, matizado y remodelado por interacciones y retroacciones (articulaciones) psicoafectivas y socioculturales entre los sexos y los sexo-géneros que, en un acontecer socio-histórico y biográfico, devienen sentimientos y pasiones, eventualidades y vivencias que dan cuerpo al soma y texturas al somos.

Sin embargo, todo termina por reducirse a (y comprimirse en) imágenes en la elaboración misma de los textos que aluden y enuncian la presencia o ausencia de un órgano, de una estructura, de un rasgo o de un gesto, de un movimiento, cadencia o sustancia. . . de la acción o del silencio de una química o bien de una opinión. Hacen su aparición los textos en los que un siento es permeado por nociones y expectativas y se mezcla y se confunde con un soy; un te siento es matizado por un eres —construido en la dialógica de tales nociones y expectativas— y un puedo se asocia o antagoniza con un debo o tengo que. . . textos en los que una intuición fre-

cuentemente se confunde con una ley.³ De ahí que la sexualidad humana potencie las simulaciones, los ilusionismos que caracterizan, muy concreta y especialmente, a ese universo textual que hoy por hoy hemos dado en llamar lo transgénico. Universo en el que la mentira y el engaño se construyen más en el espectador (vía los imaginarios sociales) que en el protagonista, dado que éste último propone una ilusión y, más que pretender mentir o engañar (de lo que todos somos capaces), invita a crear nuevas imágenes, a imaginar. Como bien apunta Jean Baudrillard [1991:29]:

Cada cual busca su *look*. Como ya no es posible definirse por la propia existencia [para el *Homo sapiens* nunca ha sido posible], sólo queda por hacer un *acto de apariencia* sin preocuparse por ser, ni siquiera por ser visto [aunque toda apariencia requiere de un receptor]. Ya no: existo, estoy aquí, sino: soy visible, soy imagen —*look, look!*—. Ni siquiera es narcisismo sino una extroversión sin profundidad, una especie de ingenuidad publicitaria en la que cada cual se convierte en empresario de su propia apariencia.⁴

Al hablar (y construirnos una imagen) de los sexos podemos recurrir a genes, cromosomas y hormonas, a plurales dimorfismos morfoanatómicos y fisiológicos, incluso psicoafectivos, a cualidades y susceptibilidades biológicas y a metabolismos, características proteicas y contornos. En el sexo (como tal) no tiene cabida la ilusión, sólo la evidencia (y la sensación es una de ellas); consecuentemente, a la diversidad sexual podemos nominarla (para enunciarla) con sólo unas pocas palabras: macho, hembra, pseudohermafrodita y hermafrodita, por ejemplo.

Al hablar y construirnos una idea (pretendemos que más o menos precisa) de los sexo-géneros (y de sus múltiples derivados), debemos recurrir a representaciones, historias, mitos, miedos, interpretaciones, gestos, simulacros y fantasías, a plurales narraciones, susceptibilidades sociales y disposiciones mentales, a emociones y pasiones, quizás a dolores y frustraciones que circulan entre normas y creaciones, produciendo singulares cualidades y resonancias. En el universo sexo-genérico y sus múltiples circuitos (que dan cabida a una infinita expresividad de comportamientos), las evidencias son conyunturales y se rigen por la ilusión; por ello, la diversidad de lo sexo-genérico se abre como abanico a infinidad de posibilidades lingüísticas, a la retórica, al argumento, a numerosas gramáticas, metáforas, analogías y alegorías: masculino, femenino, ambisexual, transexual, travesti, *drag queen*, amaneramiento, hombría, mujercito, marota, joteo. . . y demás. Toda una mescolanza, una promiscuidad de semánticas que roza con frecuencia las sensaciones.

Los contextos de los sexo-géneros, a diferencia de las materialidades de los sexos, permiten innumerables y constantes flujos: tránsitos, transacciones, transfor-

³ Y toda noción de ley natural no es más que una metáfora de la ley social, de la legislación humana. Para profundizar en este tema, véase Sheldrake, 1990.

⁴ Las cursivas son del autor, los corchetes son míos.

maciones, transgresiones. . . transparencias. Es por ello que, mientras los sexos como tales (como biología sensible) no pueden ser ilícitos (aunque sí anormalizados, devaluados y perseguibles), la expresividad sexo-genérica (vía erótica o no) es susceptible de anormalidad e ilicitud.

Los sexo-géneros son maleables, los sexos sólo manipulables; de ahí que el gozo sea una capacidad afín a. . . y constitutiva de. . . lo sexual y el disfrute textualizado sobrevuele las posibilidades casi ilimitadas que ofrecen las imágenes construibles en torno y con relación a los sexo-géneros y sus circuitos (roles y estereotipos, por ejemplo), trasladando en ocasiones los placeres y displaceres, más que a la sensación física, a la emoción mental. Los sexos no son ni necesitan ser inteligentes, pero todo aquello que ronda los sexo-géneros demanda inteligencia. . . y en la inteligencia subyace siempre la posibilidad (y hasta la necesidad) del simulacro.

DEL TRANSGÉNERO

Hoy por hoy, a causa de las perspectivas de la física cuántica, de los fractales, de las neurociencias, del pensamiento complejo, de la hipótesis de la causación formativa, etcétera, la certeza es siempre ilusoria, inalcanzable, y las verdades adquieren transparencia dejando entrever filones de duda y de relatividad. La certidumbre se diluye poco a poco porque finalmente hemos reconocido que la aleatoriedad, la eventualidad y el caos no son ajenos a nuestros devenires cotidianos y a las imágenes que construimos. Consecuentemente, la arbitrariedad y la simulación ya no pueden ni deben ser ajenas al ejercicio de pensarnos (y construirnos) a nosotros mismos.

Sin embargo, la inquietud y las ansiedades que provoca el descubrimiento de la inevitabilidad de la incertidumbre, este reconocimiento de las transparencias (que no necesariamente claridades) de lo que llamamos realidad, con frecuencia nos mueve —como apunta Edgar Morin [1996]—, a racionalizar más que a razonar, generando inteligencias ciegas; nos afanamos por reorganizarnos y acceder a una re y autoorganización que nos permita generar un nuevo orden (pretendemos que tranquilizante, ansiolítico, si no es que hipnótico). Un nuevo orden que no sea tan distinto de aquel en el que aprendimos, muy cartesianamente, a ser como somos. Un orden en el que nos sintamos más a gusto. De ahí que, como subraya Baudrillard [*ob. cit.*],⁵ recurramos constantemente a las prótesis, sean de quirófano o de tocador, a través de añadidos materiales o de modelaje, de argumentaciones. . . de una plural textualización. Y en ese reconstruirnos (recrearnos) volvemos a confundir una

⁵ Véase el epígrafe.

emoción y una sensación con otra cuando, al hacer una vez más tabla rasa de la variabilidad y la diversidad, proponemos la transgeneridad como noción, como rasgo mío o de otro, incluso como cualidad y, presumiblemente, como identidad.

La noción de transgénero es hoy, resumámoslo, parte de un texto escrito desde la inconformidad y la resistencia, motivado y mediado por el miedo, la fatiga, el tedio, las alianzas y cierta dosis de autocompasión; más que desde la denuncia y la demanda de reconocimiento, es un texto elaborado desde la evasión. Constituye una propuesta trabajada más desde las perspectivas de la adecuación y búsqueda de un acomodo que desde la subversión. Paradójicamente, destila un compromiso a partir de una falta de compromiso. . . por lo menos con los textos propios y con las texturas del placer.

El transgénero es —como en otro sentido lo son el travestismo, la transexualidad y el *drag queen*— una noción que implica la simulación, el simulacro, pero a diferencia de éstos, intenta evadir en su enunciado lo sexual e incluso el erotismo. . . de alguna manera podríamos decir que deja a un lado el gozo.

Tal noción, como parte de una estrategia para colar nuevos discursos y argumentos en el concurso social, puede resultar bastante efectiva (por ahora). . . pero no deja de ser tanto o más riesgosa (y en el largo plazo tanto o más costosa) que las nociones a las que pretende suplantar o sustituir. Si en las palabras (como transgénero) eliminamos toda referencia al sexo, al erotismo e incluso al disfraz, al vestido, a la imagen provocada y provocativa (toda explicitación enunciativa del deseo y del disfrute), no invitamos a pensar en la manipulación biológica ni en la maleabilidad del goce. . . y el placer, como tal, queda una vez más silenciado, oculto, invisibilizado y, por ende, constreñido y marginado (avalando y obedeciendo así al discurso erotóforo que impregna las actuales políticas hegemónicas —tanto de la vida social como del quehacer académico, sea éste artístico, científico o religioso).

El transgénero, sin duda, nos habla de. . . (y sugiere) apetencias, pero no necesariamente alude a. . . (y reconoce) los apetitos.

La noción de transgénero, que debe mucho a las perspectivas y estrategias emanadas del activismo feminista (convertidas en moda) y de una asepsia propia de la medicalización del ser y del sentir, deviene en texto peligroso por impreciso, polisémico, que posibilita un ilimitado número de lecturas y puede invitar a la tolerancia (siempre aséptica)⁶ más que al reconocimiento de. . . (y al derecho a. . .) la individualidad necesitada de placer (individualidad siempre hedónica y desmesurada, deseante). En este sentido, es un hipertexto en el que, vía las múltiples lecturas que sugiere y puede provocar, se mezclan muy distintas construcciones, semánticas y emociones, entrecruzándose, confundiéndose y diluyéndose, por ejemplo, en una

⁶ El término tolerancia se entiende como permiso resignado y capitalizable, como libertad condicionada.

abstracción (sólo aparentemente inocua) tanto la perversidad del travesti y del *drag queen* como la dualidad contradictoria (pero concreta y sensible) del transexual.⁷

El travesti, el transexual y el *drag* pueden adoptar una imagen que parece la misma en cada uno de ellos pero que no lo es, dado que proviene de perspectivas, emociones y expectativas diferentes; siempre son imágenes que tienen historias, dinámicas y lógicas diferentes que derivan en narraciones distintas, en otras figuraciones y signos. Con la noción de transgénero, esa diversidad de imágenes y figuraciones se comprimen y concentran en un mismo signo que aterriza en un discurso que pierde plasticidad.

Transgénero es una noción (término, palabra) que encierra (más que globaliza), que asfixia y erosiona matices; es un concepto posmoderno y defensivo que contiene (en más de un sentido)⁸ la diversidad sin darle presencia, sin ventilar (airear) las diferencias, las singularidades: una vez más, se abstrae y anula al individuo. Las diferencias existentes en el interior de la ambigüedad semántica del transgénero soportan en silencio los soy y los siento, respondiendo a una estrategia de resistencia colectiva.

Mientras que lo sexual, lo sexo-genérico y lo erótico (profundamente lúdico) se esfuerzan por sobrevivir incluso en los terrenos de la ilicitud, de la transgresión, lo transgenérico se propone y pretende como estrategia política más que sensual o erótica: las hetero, bi y homosexualidades de los transgenéricos quedan ocultas y reducidas a susurros o, cuando menos, relegadas a un segundo o tercer plano. La transgeneridad sólo trata con imágenes en y para una sociedad que ha reducido la profundidad del texto a la superficialidad del escrito, a la apariencia, a la ilustración anecdótica.

¿Existen vivencias transgenéricas como tales? Lo dudo. . . a no ser como vivencias discursivas. ¿Son posibles y viables sistemas de vida compartidos e identidades sexo-políticas que podamos calificar de. . . o denominar como transgenéricas? Pienso que sí, pero sólo a través de nuevas simulaciones.

En su calidad de hipertexto, el transgénero permite, hoy por hoy, proponer nuevos diálogos y la emergencia de innovadoras transparencias y veladuras; hace posible que entre individuos muy distintos (por muy distintas razones, cualidades, rasgos, intenciones y vivencias) se produzcan encuentros e intercambios de ideas (no siempre cordiales) que antes resultaban impensables o cuando menos infrecuentes. Las transparencias de la noción de transgénero, en las dinámicas y lógicas del concierto social, introducen e imprimen nuevos movimientos (aunque no sentidos ni direcciones unívocos) únicamente en la medida en que promueven la fractu-

⁷ No necesaria ni exclusivamente del hombre (del macho), aunque por lo general se tiende a limitarlo al sexo de genotipo XY.

⁸ En el de continente y en el de dique de contención.

ra de certidumbres y de verdades imaginadas cuando sólo se hablaba de travestis, transexuales y *drag queens* (en el ámbito de las imágenes), de hetero, bi y homosexuales (en el universo de los comportamientos y los placeres, de la salud y la enfermedad) y de hombres y mujeres (en el contexto de las casuísticas y las reproducciones).

A partir de las propuestas de los llamados estudios de género, podemos concluir por lo menos tentativamente que los que viven son los cuerpos, los que gozan son los sexos y las que hablan siguen siendo las imágenes, pero quizá los que innovan (más que revolucionar) rutas de encuentros y desencuentros introduciendo nuevos desórdenes taxonómicos y haciendo necesarias reorganizaciones en el devenir cotidiano, social y político (incluso ideológico), son los textos que trascienden a los sexo-géneros oficiales y que se resisten a taxonomizarse internamente. . . los textos ilusorios e ilusionados de la transgeneridad.

Sin embargo, los mencionados encuentros se dan más en la enunciación misma de la noción de transgénero que en el plano de las vivencias profundas, porque en realidad, los “yos” de las distintas imágenes nunca se encuentran (por más que se asemejen) ni se contrastan (por más que se distingan) y, por lo tanto, los diálogos y las conversaciones pierden, en gran medida, toda posibilidad de resonancia y de intercambio. Los hombres y las mujeres, los homo. . . los bi. . . y los hetero. . . los travestis, los transexuales y los *drags* desaparecen como presencias corporales, sensibles, y se tornan imágenes cada vez más egocéntricas que sólo coinciden momentáneamente al contrastarse con las expectativas que conforman el fondo sobre el que se destacan (el ciclorama social): los encuentros constituyen más unas breves treguas que una vinculación. . . son un nuevo simulacro (pero no muy diferente a los anteriores). De hecho, también las semejanzas y las similitudes entre travestis, transexuales y *drags*, por ejemplo, son simulaciones que se resimulan en la noción de transgeneridad, constituyendo simulacros e ilusiones de igualdad centrados sólo en el hecho de que comparten un recurso: crearse una imagen mediante el atuendo y los implementos. Sin embargo, la noción de transgénero los desdibuja, pues silencia que:

- a) los travestis se construyen a sí mismos a partir de. . . y en el gusto por la imitación, a través del uso de ropa e implementos considerados del otro sexo-género,
- b) los transexuales se construyen, con tales ropas e implementos, una frágil y simulada coherencia entre el tengo y el me siento, entre lo biológico y lo psicológico, entre un soy biológico y un soy psicoafectivo, que deviene identitario, y
- c) los *drags* tienden, con todo ello (vestidos e implementos), a la deconstrucción de un orden solemne y a la construcción de un delirante espectáculo lúdico desde sí y para sí, independiente pero no ajeno a sexos, sexo-géneros y particularidades sexo-eróticas.

En otras palabras, en cada caso se trata de una dramaturgia y una dramatización (textualización-escenificación) distintas que se evaporan cuando entran en contacto con el calor que irradia la transgeneridad.

En este sentido, cobijados por la asepsia insensible de la propuesta transgénérica, los hombres y las mujeres, los homo. . . bi. . . y heterosexuales, los travestis, transsexuales y *drags* (agréguese los etcéteras que se consideren necesarios y convenientes) sólo se encuentran unos con otros como se encuentra nuestro soma (convertido en cuerpo) con el reflejo-imagen en la superficie-azogue del espejo. . . se encuentran como imágenes necesariamente transitorias y mudas, destextualizadas en su "de mí" y "para mí". De ahí que los nuevos encuentros que permite la transgeneridad también terminen siendo simulacros (y fuente de no pocas incomunicaciones); difícilmente echan raíces en la cotidianeidad emocional prolongada y en la elaboración de una nueva política de los roles. Difícilmente germinan y florecen en un diálogo y en una liberación, porque la noción misma de transgénero, como quedó apuntado, enmudece al sexo, al goce y a la transgresión que podrían sustentar la construcción de la política que les es necesaria (una política menos aséptica y genérica y más sexualizada y perversa). Vía el texto conciliador que invita a construir la noción de transgénero, el transexual se muestra ante los otros sin el conflicto sexo/sexo-género/identidad que encarna y singulariza su "yo" y queda ante sí mismo y ante los demás desarmado, sin argumento; el *drag* deja de mostrarse epicentrado en el juego desmesurado, en su intrínseca teatralidad y en el goce de la transgresión y, al igual que en el travesti, su "yo" pierde, en el devenir de los encuentros y en el concierto social, su contenido de ilicitud, de subversión, de distanciamiento y rompimiento del orden hegemónico.

Mucho me temo, por tanto, que toda ilusión, estrategia, propuesta y emoción queden, en el texto resultante, reducidas a una enunciación y a un listado de derechos humanos que deben ser reconocidos, promovidos y garantizados por. . . y desde el orden hegemónico que, hoy por hoy, es centralista: fálico, masculino, heterosexual y genésico. Al respecto, es importante recordar —abusando sin duda de Michel Foucault [*ob. cit.*:6]— que:

Los códigos fundamentales de una cultura —los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas— fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los cuales se reconocerá.

Los yo-soy-siento-propongo-hago que podrían encontrarse mediados por la transgeneridad, si no desaparecen realmente, se difuminan en nombre de un nosotros sólo aparentemente solidario y liberado, de un "nosotros los transgénéricos" que pretende cegarse ante las alteridades y otredades tanto internas (endógenas) como

externas (exógenas). Al intentar borrar o suavizar, en y a través del texto de la transgeneridad, las malignidades y diferencias propias e íntimas, discursiva, emocional y políticamente pierden sentido las singularidades culturales de cada una de las modalidades transgenéricas (si se me permite denominarlas así), porque se anestesian —si no es que se invalidan— sus matices, sus códigos y sus íntimas y sensuales narrativas.

El transgénero, en la medida en que enuncia algo, construye un texto, pero ese texto no es de unicidad sino que se refiere a una serie de coincidencias de imágenes y apariencias susceptibles de ser leídas, interna y externamente, desde diversos ángulos de aproximación, a partir de muy distintas vivencias permeadas por un ilimitado espectro de emociones, generando plurales sentidos. Por consiguiente, el transgénero se torna hipertextual...es un texto lleno de sugerencias en el que tienen cabida tanto la idea religiosa de una creación como la idea científica de una emergencia evolutiva, de una morfogénesis impregnada de aleatoriedad, autonomía y eventualidad. Un texto críptico pero burdo en el que no podemos más que reducir el fenómeno a sus proyecciones más inmediatas y aparentes. Lejos de él quedan los textos y los contextos emergentes de los procesos formativos y de los fenómenos expresivos; más aún, en él se pierden (para el lector) los cómo, por qué, cuánto y cuándo, los qué y para qué, los quién, de quién y para quién, los dónde y con qué de la vivencia, del gozo y de la liberación.

Lo que probablemente sí pueda emerger de todo ello es una explosión de nuevas imágenes y de nuevos textos sugerentes (siempre bienvenidos y necesarios). Cabe pensar que, dadas las historias que se acumulan en el hipertexto del transgénero, se establezcan las condiciones que permitan a las muy diversas modalidades transgenéricas seguir diversificándose (aunque no se expliciten) y, por resonancia y nuevas emergencias, se incremente cada vez más el número de individuos con imágenes y vivencias disonantes de los sexo-géneros hegemónicos, ya que la singularidad, finalmente, es consecuencia y fuente de la innovación y la pluralidad.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, Martín

1991 *Enciclopedia del idioma*, México, Editorial Aguilar.

Baudrillard, Jean

1991 *La transparencia del mal —ensayo sobre los fenómenos extremos—*, Barcelona, Editorial Anagrama.

Foucault, Michel

1982 *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI editores.

Humphrey, Nicholas

1995 *Una historia de la mente – la evolución y el nacimiento de la conciencia –*, Barcelona Gedisa.

Morin, Edgar

1996 *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.

Rostand, Jean

1973 *El hombre y la vida*, México, FCE.

Sheldrake, Rupert

1990 *La presencia del pasado —resonancia mórfica y hábitos de la naturaleza—*, Barcelona, Editorial Kairós.